

EL ORZAN

DIARIO INDEPENDIENTE DE LA CORUÑA

escrito por todos los exredactores y excolaboradores

EL NOROESTE

Redacción y Administración:
Plaza de María Pita, núm. 17

Motorina

Esencia
para automóviles

Fábrica de Mesa
Marchesi y C.^a - S. en C.

Agustín Fernández Moretón

Almacenes de Ferretería y Quincalla

La Coruña.

Vigo.

Piedras para molino de La Ferté y Dordogne, garantizadas. Hules y Linoleum. Muebles. Productos SOYSOL para la limpieza de los metales y el calzado.

FABRICA DE JERCONES Y CATRES METALICOS

70.—ORZAN—70. (Frente al Pórtico de San Andrés)



Compañía Trasatlántica

AVISO

Por haber retrasado su salida de la Habana, el vapor ALFONSO XIII, que debía zarpar de este puerto con dicho destino el 21 del presente mes, no podrá efectuarlo hasta fines del mismo.

Lo que se hace saber a los señores pasajeros que tienen reservadas plazas en el mismo.



Wonemburger

Fundición y talleres mecánicos

Reparación de toda clase de buques. Maquinaria agrícola.

Hospital, 36. - La Coruña

Viuda de H. Hervada

CORUNA

Cantón Grande, núm. 8

MUEBLES, INSTALACIONES COMPLETAS DE LUJO Y ECONÓMICAS DE TODA CLASE DE HABITACIONES

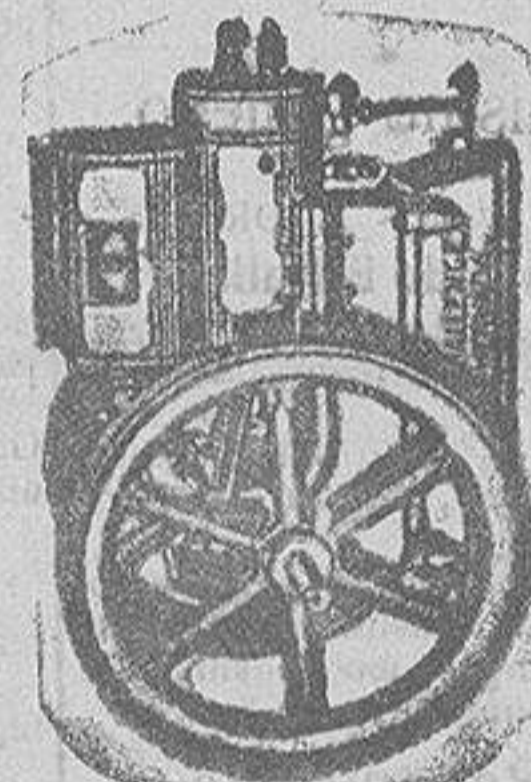
REAL, NÚM 14.—Almacén al por mayor
REAL, NÚM. 77.—Bazar del Siglo XIX.

CHALLENGE

MOTORES desde 1 a 12 H. P.

DE CUATRO TIEMPOS ALTA TENSION
MARCHA LENTA MAGNETO DE ENGRANES
MECANISMO SENCILLO CONJUNTO FUERTE
POCO CONSUMO

Los motores CHALLENGE



Forman un solo cuerpo con los depósitos y se refrescan con unos diez litros de agua.

Pesetas 1.943

Cuesta un equipo completo de un motor Challenge 5 caballos. Diez metros de correa de 8 cm ancho y una trilladora de trigo y centeno de dejar la paja entera, graduación por husos, tambor, tambor cerrado de 180 cm ancho.

Las aventadoras DANUBIO son las mejores Maquinas agrícolas; Arados Brabaut, 4, 8.

Piedras francesas para molinos

—DE—

Laferté y Dordogne



Ferretería.—Quincalla.—Acero.—Zinc.—Plomo.—Estiain.—Vidrio.—Loza.—Sulfato de cobre.—Super-Fosfato de cal.—Hules etcétera.

78 FOLLETON DE "EL ORZAN."

La cuerda al cuello

POR

Emilio Gaboriau

por el contrario, hacerlo todo para tranquilizarla?

Adelantándose hacia ella y tomándola las manos,

—¡Ah, que buena sois por haber venido!—dijo—¡demasiado buena! Y, sin embargo, os esperaba. Desde esta mañana tengo el oído atento, y me estreñecía cada vez que escuchaba rechinar la puerta de la cárcel. ¿Me perdonaréis el haberos reducido a penetrar, para verme en un lugar como este, malsano y feo, y que no tiene siquiera la sinistra poesía de lo horrible?

Ella le miraba con una fijeza tan obstinada, que las palabras acabaron por expirar en sus labios.

—¿Por qué engañarme Santiago?—dijo tristemente—¿Por qué afectar esa tranquilidad que se halla tan lejos de vuestra alma, y esa alegría que hace daño? ¿Me juzgáis tan niña que sea preciso ocultarme la verdad, o tan débil y tan floja que no pueda llevar mi parte en vuestras penas? ¡Cesad de sonreír, Santiago, pues ya no tenéis esperanzas!

No, Santiago. Se me oculta algo, bien lo he comprendido, y no os pregunto lo

que es. Lo que sé es bastante: os envían ante el Jurado.

—Perdonad; la Audiencia no ha dictado aún sentencia.

—Pero la dictará, y será fatal.

Este era el parecer y el temor de Santiago. Pero obstinándose en seguir representando el papel que se había impuesto.

—¡Bah!—dijo.—Si voy al Jurado seré absuelto.

—¿Estáis muy seguro de ello?

—Tengo en mi favor noventa y nueve probabilidades contra ciento.

—¡Hay, pues, una en contra—exclamó la joven.

Y apoderándose de las manos de Santiago y estrechándoselas con una fuerza de que no se la hubiera creído capaz.

—No tenéis derecho a exponeros—añadió—a esa probabilidad única.

Todo el cuerpo de Santiago se estreñeció. ¿Era aquello posible? ¿Comprendería bien? ¡Dionisia iba a aconsejarle aquel acto de suprema desesperación a que le habían hecho renunciar sus defensores!

—¿Qué queréis decir?—dijo con voz turbada.

—Digo que es preciso huir.

—¡Huir!

—Nada tan fácil. He reflexionado, he consultado, lo he previsto todo. Los carceleros son nuestros. Acabo de entenderme con la mujer de Blangin. Una noche se os abren las puertas. Un caba-

llo ensillado os espera fuera de la población, estando preparados los relevos. Montáis, y en cuatro horas llegáis a la Rochela. Allí, uno de esos barcos que pueden desafiar los mares más gruesos, os toma a su bordo y os transporta a Inglaterra.

Santiago movía la cabeza.

—Eso es imposible—murmuró—Soy inocente. No puedo abandonar todo lo que me es querido; vos, Dionisia, vos...

Un fuerte rubor cubría las mejillas de la joven.

—Me he explicado mal, Santiago—balbuceó.—No partiréis solo.

Con un movimiento de dicha infinita, levantó él las manos al cielo.

—¡Dios justo!—exclamó.—Me debíais esta compensación.

Dionisia continuaba:

—¿Me supondrías bastante cobarde para abandonar al amigo a quien todo hace traición?... ¡No! ¡no!... Mi abuelo y mis tías me acompañarán, y nos reuniremos en Inglaterra... Cambiaréis de nombre; pasaremos a América, y buscaremos en el interior de esa tierra, lejos de las ciudades y de los hombres, una comarca nueva donde nos fijaremos... No será Francia, es verdad... ¡Pero la patria, Santiago, es el país donde se es libre, donde se es nacido, donde se vive dichoso!

Conmovido hasta en las últimas, hasta en las más sutiles fibras de su ser, por

las más deliciosas sensaciones, Santiago de Boisicorán dejaba caer la máscara de su imperturbable impassibilidad.

El estupor le dejó inmóvil por un instante.

Luego, súbitamente, atrayendo hacia sí a su prometida con un movimiento convulsivo y estrechándola contra su pecho, inundó de besos sus cabellos medio destrenzados.

—Que Dios os bendiga, alma de mi alma!—exclamó.—¡Que Dios os bendiga por vuestra fidelidad con el desgraciado! Ya no me quejaré más. Suceda lo que quiera, ya he tenido mi parte de ventura en este mundo...

Ella creyó que él consentía.

Y más palpitante que una golondrina en manos de un niño, se desprendió de sus brazos, y retrocediendo y fijando su hermosa mirada en los ojos de Santiago.

—Fijemos, pues, el día—dijo.

—¿Qué día?

—El de vuestra evasión.

Esta sola palabra volvió a Santiago al sentimiento de la realidad. Cerniase en lo más alto de un cielo de ilusiones, y cayó en el fango de lo positivo. Su rostro, del cual irradiaba una alegría celeste, se oscureció súbitamente, y con voz ronca,

—Es un sueño demasiado hermoso el que acabamos de tener—dijo—para que pueda realizarse...

—¡Ah! la pobre joven vió que se había regocigado demasiado pronto.

—¿Qué decís?...—balbuceó.

—¡No puedo, no debo, no quiero

huir!...

—¡Me rechazáis, Santiago!

El no respondió.

—¡Me rechazáis cuando os juro que ire a reunirme con vos y compartir vuestro destierro...! ¿Dudáis, pues, de mi palabra? ¿Teméis que mi abuelo y mis tías me retengan aquí a pesar mio?

A los acentos de aquella voz suplicante, Santiago sentía debilitarse su energía y vacilar su voluntad.

—Os lo ruego, Dionisia—dijo—no insistáis, no me arrebatéis el valor.

Ella debía sufrir horriblemente. Sus ojos brillaban con un fuego extraordinario. Sus labios, secos, temblaban.

—¿Os resignáis, pues, a ir al Jurado?

—dijo.

—Sí.

—¿Y si sois condenado?

—Puedo serlo, lo sé...

—¡Eso es insensato!—exclamó la

joven.

Desesperada, se retorció las manos, y las palabras salían inconexas de sus labios.

—¡Dios mio—decía—inspiradme! Como doblegarle, qué palabras emplear!... No me amais ya? Por mí, ya que no podéis, os lo suplico, ¡huyamos! Es evitar el oprobio, es la libertad, es la salvación. ¡Nada, pues, puede conmovernos. Qué